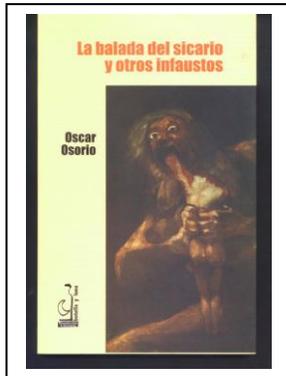


## La balada del sicario y otros infaustos, de Óscar Osorio

Por John Estrada



A mediados de los setenta, en mis estudios del Antiguo Testamento, me encontré con la palabra sicario. Leía en la “Historia de Israel” de Martin Noth, el episodio de Los Macabeos. Una familia entera que luchó hasta la muerte contra la imposición del Imperio romano en Palestina. Allí apareció por primera vez la palabra del Latín culto, sicario. Se trataba del grupo de nacionalistas que cargaba entre sus vestiduras un pequeño cuchillo, pero letal, llamado sica. Los que cargaban esta arma aprovechaban las revueltas y daban muerte a soldados romanos en medio de los tumultos. Nadie sabía quiénes eran por la rapidez con la que actuaban y, asimismo, la capacidad de escabullirse entre el tumulto. Aquel tipo de actos individuales generaba mayor represión contra los judíos que soportaban el peso del imperio en sus creencias y la vida cotidiana.

La acción del sicario era la de un individuo que, ante determinadas condiciones, no podía enfrentar una escuadra de soldados. Optaba entonces por la acción individual reputada de heroica. El hecho cobró su importancia entre los estudiosos del Nuevo Testamento, en especial los estudiosos de Cristología. En un episodio del Nuevo Testamento, cuando Jesús es capturado por los soldados romanos, Pedro saca su sica y le corta la oreja a uno de ellos. Este acto que parece ser anecdótico, dio para que corrieran ríos de tinta. Algunos aseveraban que posiblemente Pedro era un sicario Zelota (el grupo nacionalista que luchaba con celo por defender sus tradiciones judías contra el invasor) y Jesús no compartía aquel proceder. Cierto o no, el debate cobraba importancia porque era un hecho claro de violencia ante la cual Jesús tuvo una respuesta inmediata.

La palabra sica se hizo familiar para mis lecturas y era culta, asociada con hechos del pasado y con una etimología curiosa. Al final de los años setenta se introdujo la palabra sicario en los titulares de la prensa colombiana. Con ella se calificaba y denominaba a los jóvenes que asesinaban a sueldo o contrato. Algunos de ellos en motos de 500 CC. o 1000 CC., como se vio después. La noticia se hizo popular y todos los días había una nueva víctima. Todo acontecía en

Medellín. El hecho se volvió tan cotidiano que una noche infausta, Pilar Castaño, presentadora de un noticiero, introdujo el chiste, alimentado de regionalismo mordaz, de “metrallín” para la ciudad de Medellín. Aquella palabra dio mucho que sentir a la hipocresía paisa que se revolvía entre el chiste de mal gusto y un señalamiento que ya se había convertido en chiste. “La ciudad de la eterna primavera” comenzó a cargar sobre sus espaldas el estigma de ser la más violenta y la palabra sicario inundaba las conversaciones.

Cuando el ministro de justicia Rodrigo Lara Bonilla fue asesinado, casi todo el país vio por primera vez el rostro de un sicario. Aquella palabra, que con los días se fue haciendo más horrenda, tenía un rostro, un chico lampiño asustado que parecía más bien un adolescente de “buena presencia”. Su rostro y su edad, por debajo de la edad penal, mostró al país quiénes y por qué estos adolescentes mataban.

Sociólogos y sicólogos ingenuos, que no conocían un barrio popular, especulaban entre la desadaptación social y la sicopatía temprana. Esto se convirtió en tema de prensa. Algunos, con aire académico, se dieron a la tarea de establecer las causas de algo que entonces conoció una segunda etapa, la institucionalización del “modus operandi” de los sicarios, en una institución de hecho que la prensa comenzó a llamar: “el sicariato.”

Cuando todo esto se convirtió en información, la opinión pública se fue acostumbrando a la rebatiña de los periodistas por establecer cual había sido el primero en dar a conocer el nuevo hecho de sangre que se registraba en algún lugar. Los asesinatos a quemarropa, las masacres, los atentados, fueron noticias que la radio lograba cubrir primero que los otros medios debido a la facilidad y la inmediatez. La televisión también entró a terciar en la primicia, los dueños de los unos y los otros son los mismos y si no lo son se parecen tanto que parecen todos socios de una sola y lucrativa empresa: las comunicaciones.

El sicario, se introdujo, tendría que ser así, en la literatura. Recuerdo una vez un jurado de un famoso concurso de novelas diciendo que estaba fastidiado por la gran cantidad de novelas que le había tocado leer sobre sicarios. Para él era una baja en la calidad de la novelística colombiana y una incapacidad enorme de universalizar. Esto ocurrió en el año 88. Aquella fecha parece muy lejana cuando la evoco quince años después. Qué no ha ocurrido desde entonces. En vez de que el universo quedara lejos, Colombia se universalizó y entonces el tema del sicario y

las matanzas se fundió en el crisol de las matanzas universales y los crímenes de lesa humanidad. Colombia entró a figurar en la historia de los escenarios de las acciones inhumanas. La inhumanidad a la larga, con evidencias históricas ha sido perenne. Al final del siglo XX pudimos ver conflictos étnicos marcados por una crueldad y etnocentrismo como hace 3000 años atrás. “La limpieza étnica” de los Balcanes es sólo un ejemplo de esa inhumana historia de la humanidad. Allí, como siempre, el único delito para merecer la muerte era existir.

Por eso, ser tan osado y poetizar lo horrendo no deja de ser un desafío. Es volver sobre el lugar común y desde algo peor que el barro (no sé por qué el barro tiene tan mala fama, es tan bueno que con él se fabrican utensilios para comer y beber y sembrar flores y hoy en día sirve para limpiar la piel y darle a ésta, por un precio alto, una suavidad de infante) elaborar el material poético. Todas mis palabras anteriores han sido un esfuerzo de meditación para introducirme en el mundo poético de Óscar Osorio. Me costó mucho aceptar el título de este poemario y por ello he estado meditando durante días en sus poemas e incluso intentando encontrar argumentos para descalificar ese intento. No he tenido éxito, a medida que lo leo y lo releo, se va agolpando en mí el peso de mi conciencia aburguesada que ya no siente nada por Colombia y que se limita a escuchar los noticieros todos los días para vivir con “la ciudadana indiferencia.”

Los poemas de Osorio me transmiten lo que ya no soy capaz de sentir, me dejan invadido de tristeza y me hacen pensar en lo valiosa que es una vida humana, sólo una, nada más que una. Me hacen pensar en lo valiosa que es la vida de alguien que se está muriendo y puede decir en su agonía: “hermano, no me deje morir”. Para nosotros, ya espectadores de la ignominia, ya televidentes de las masacres, las bombas, los atentados, los ajustes de cuentas, las tomas guerrilleras y castrenses, cada vez más sumergidos en el telever, se nos ha imposibilitado reconocer lo valiosa que es una vida, cualquiera, hasta la de un hijueputa. Duele el poemario de Osorio, pero duele más la constatación de nuestra insensibilidad. Sólo a través de su poesía pude de nuevo volver a sentirme profundamente conmovido.

New York, 2003

\*\* Profesor Hostos College, New York